

Transposición

I

Desde un principio Eduardo la odió cordialmente. La llegada de una nueva supercomputadora no lo entusiasmaba en lo más mínimo. No es que el monstruo electrónico careciera de innovaciones interesantes; aparte de la velocidad vertiginosa con que realizaba cálculos, muchos millones de operaciones por segundo, se le podían plantear los problemas más complejos tanto bajo instrucciones por escrito como en forma oral, por medio de micrófonos instalados en mesitas en la sala contigua al cubículo de cristal en que encerraba la máquina, protegida de la curiosidad humana. No solo era rápida, precisa y eficiente, sino que requería escaso mantenimiento: los fabricantes japoneses garantizaban que CPF-2100 no necesitaría estar fuera de servicio por más de cinco horas al año.

Nada de esto le importaba a Eduardo. Para él, todos los frutos de la cibernética encerraban un peligro solapado, el riesgo – cada día más palpable – de reemplazar a la raza humana en todos sus aspectos. Porque la creciente perfección de las máquinas ponía en evidencia qué tan ineficientes y contradictorios eran los seres humanos.

En su excelencia, CPF-2100 era la mayor expresión de superioridad inhumana. Por eso Eduardo no perdía la oportunidad de manifestar su desprecio, por aquello de mantener la distancia.

Cuando los empleados del turno del día del laboratorio embestían los elevadores para recuperar su libertad, Eduardo se aproximaba en puntillas a la guarida de la bestia. Allí, con las manos presionando el grueso vidrio, contemplaba por un buen rato la infinidad de lucecitas azules y naranjas que parpadeaban en el tórax de la caja rectangular, que parecía devolverle la mirada con mil ojillos burlones.

Al cabo, se retiraba a la sala adjunta, tomaba uno de los micrófonos, y saludaba a CPF-2100, siempre del mismo modo: “SYM... SYM...” (ésta era la contraseña del sistema de análisis cibernético, que servía para llamarle la atención a la computadora)... “¡Hola, imbécil... me da pena lo estúpido que eres.” Tras una brevísima pausa, la respuesta de la máquina aparecía en uno de los televisores montados en la pared de la antesala: “INSTRUCCIÓN INDEFINIDA. EJECUCIÓN IMPOSIBLE. FAVOR DE REPETIR.”

A lo cual Eduardo replicaba más o menos en estos términos: “SYM... SYM... Sí, no entiendes porque eres estúpida. Un idiota que se babea a alta velocidad.” Y la máquina le contestaba, invariable: “INSTRUCCIÓN INDEFINIDA. EJECUCIÓN IMPOSIBLE. FAVOR DE REPETIR.” Y así sucesivamente, hasta que Eduardo se cansaba del juego y buscaba el refugio temporal de los elevadores.

Esta pantomima diaria aliviaba mucho a Eduardo, pues le permitía confirmar que en muchos aspectos era superior a la máquina, y esta superioridad era total e inquebrantable. Lo

cual le venía muy bien a su amor propio, que mucho lo necesitaba. Se veía feo, torpe, barrigón y solitario, rodeado de colegas que siempre lucían felices y despreocupados. A veces se formaba a su alrededor un coro de comentarios sobre aventuras amorosas, hazañas deportivas, proezas de los retoños de la familia, y se le escapaban suspiros de envidia que malamente disimulaba ladeando la cabeza y fingiendo concentrarse en su trabajo.

El ambiente en la oficina le agriaba la vida casi todos los días. Apenas podía contener su ansiedad cuando la cinco de la tarde marcaba el momento de su conversación con la máquina. El vigor de sus insultos se triplicaba, y entre un intercambio y otro con la máquina se acercaba a la jaula de cristal que la encerraba, golpeaba con furia al vidrio hasta que el dolor lo hacía detenerse, jadeando. Entonces ya se sentía mejor, y terminaba por marcharse casi contento, silbando entre dientes algún aire popular.

Según pasaron los meses, la sesión de insultos a CPF-2100 se fue convirtiendo en una necesidad perentoria para Eduardo. Ya casi no trabajaba; consultaba incesantemente su antiguo reloj no-digital, molesto por la lentitud del avance de las manecillas, que – máquina al fin – procedía sin prestarle atención alguna.

II

Aquel jueves había sido agobiador. Los pequeños problemas que generalmente se dispersaban a través de la semana, decidieron presentarse todos de golpe, el martes a las ocho y quince de la mañana. Eduardo trabajó furiosamente, como no lo hacía desde hace mucho tiempo. Apenas notó que había dejado de tomar su café a las diez, y no fue hasta la una y media que las protestas de su estómago le dieron la señal de que se estaba muriendo de hambre.

De mala gana hizo un alto para buscar un sándwich, que devoró sin cogerle el gusto mientras trabajaba. Masticaba la masa pastosa al tiempo que hojeaba el reporte, anotando crucecitas junto a las cifras que acababa de verificar. De repente advirtió un error. Una de las sumas impresas por la computadora estaba evidentemente equivocada: arrojaba un total de \$9728.44 cuando el total correcto era \$19728.44. ¡"Qué idiota!" se dijo, con mezcla de rabia y satisfacción. "¡Te arreglaré cuentas esta tarde!"

III

El sándwich le había caído mal. Un terrible dolor de cabeza se unía a la molestia gástrica, de manera que se sentía de un humor de perros cuando decidió por fin dejar el resto de los problemas para el día siguiente. Ya eran las seis y cuarto.

Por primera vez en muchos meses, consideró bajar sin despedirse de la computadora. Pero no podía dejar pasar el error en que había sorprendido al cerebro electrónico. Ignorando el malestar, emprendió el camino de siempre.

Tomó el micrófono entre ambas manos y miró a su alrededor para asegurarse que estaba solo en el piso. Comenzó:

“SYM SYM... Hoy sí te cubriste de gloria, cerebritito. Fallaste una suma de escuela elemental. Eres bestia.”

La respuesta no se hizo esperar: “INSTRUCCIÓN INDEFINIDA. EJECUCIÓN IMPOSIBLE. FAVOR DE REPETIR.”

Eduardo replicó con violencia: “SYM SYM.... ¡Eres un morón y un cretino! ¡No vales la chatarra de que estás construido... Mierda, eso es lo que eres!”

Hubo una pausa inesperada. Entonces, un mensaje se perfiló en grandes mayúsculas en la pantalla del televisor: “CALLESE YA, POR FAVOR... CPF-2100 ESTÁ DISEÑADA PARA RESOLVER PROBLEMAS COMPLEJOS ... SU TIEMPO ES VALIOSO ... HAGA EL FAVOR DE RETIRARSE.”

El asombro de Eduardo fue tal que permaneció un buen rato inmóvil, leyendo y releendo el mensaje en la pantalla. Al fin reaccionó:

“SYM... SYM... Nada más eso faltaba; grosero, además de incompetente. ¿Qué te has creído, máquina de porquería?”

“CALLESE YA, IMBECIL ... CPF-2100 NO PUEDE PERDER TIEMPO OYENDO TONTERIAS. TODO MENSAJE QUE NO ESTE FORMULADO CORRECTAMENTE SERA IGNORADO.”

“SYM... SYM... ¡¿ Y quién eres tú para mandarme a callar!?” contestó Eduardo, un tanto azorado. Pero no hubo respuesta.

Eran casi las siete. Eduardo huyó por las escaleras de servicio antes de que lo encontraran los del turno de noche. Ya en la calle, caminaba distraído, tratando de desenredar la maraña de confusiones que la rebelión de la máquina le había causado.

IV

La mañana del viernes lo encontró sentado al borde de la cama, con el pelo revuelto y un sabor amargo en la boca, repasando en su mente los sucesos de la víspera. Un absurdo total. Cuando más los analizaba, menos sentido les encontraba.

Hubiera querido poder discutir el asunto con su jefe. Pero no, eso sería inútil y arriesgado. ¿Había sucedido en realidad todo aquello? ¿Qué pasaría si todo era producto de su imaginación, o de una mala digestión? Lo tomarían por loco, y empezarían a insinuar la conveniencia de acogerse a un retiro prematuro. Pero, ¿y si fuera verdad? La duda le retorció las entrañas.

Una vez en la oficina, se inclinó de nuevo sobre los reportes. Al poco rato, se alzó de nuevo. ¡Otro error! Y este sí que era serio. Tanto, que de no descubrirse hubiera causado cuantiosas pérdidas a la empresa.

Un escalofrío lo sacudió. Estos reportes eran de su responsabilidad exclusiva. En verdad, un error de la máquina era tan poco probable que Eduardo había sido comisionado para verificar los reputados porque los técnicos más jóvenes no soportaban el tedio de este tipo de trabajo. Que Eduardo fuera designado para la tarea era otra indicación de que estaba al borde del despido, o la jubilación forzosa.

Y ahora la computadora había errado no una, sino dos veces.

Una sospecha se le insinuó y fue rechazada, para aparecer de nuevo bajo distintos disfraces. ¿Estaría la maldita máquina equivocándose a propósito para vengarse de él? Pero no, la idea era descabellada.

No obstante, Eduardo comenzó a tantear discretamente a sus colegas sobre el comportamiento reciente de CPF-2100 en sus proyectos. Por mucho que tratara de ser diplomático, sus pesquisas generaron una cierta extrañeza. Por lo que a los demás se refería, CPF-2100 era la más maravillosa, precisa y dócil de las computadoras. Tuvo que replegarse a su mesa con los hombros caídos por miedo que lo creyeran loco.

V

Después del almuerzo – que malamente probó – las cosas fueron de mal en peor. Encontró tres errores más; dos de ellos bastante sutiles, como para pasar desapercibidos. Cuando apareció el quinto error, Eduardo comenzó a temblar perceptiblemente. Desesperado, consultó su reloj otra vez: las cuatro y media.

Aquella media hora pareció durar un siglo. Al fin, cuando todo el personal se había marchado, Eduardo casi corrió a la salita adjunta, y murmuró confidencialmente al micrófono:

“SYM... SYM... Qué te propones, condenada?¿ Es que estás tratando de lograr que me despidan?” La pantalla del televisor osciló por un momento, y se iluminó con un mensaje.

“INSTRUCCIÓN INDEFINIDA. EJECUCIÓN IMPOSIBLE. FAVOR DE REPETIR.”

“SYM... SYM... No me vengas con esas, que tú y yo nos conocemos. Te lo voy a advertir: como sigas jugando conmigo la vas a pasar mal.” Apenas acababa de lanzar su amenaza, se dio cuenta de lo débil que era. ¿Qué podía hacerle él a CPF-2100? Como máquina que era, ella haría lo que le diera la gana, sin temor a las consecuencias.

El reconocimiento de esta idea y sus implicaciones llegó de repente. Una rabia ciega le llenó las vísceras. Oprimió el micrófono como si fuera el cuello de una víctima, concentrando toda su ira en una palabra que repetía como una mantra:

“Maldita.... Maldita.... Maldita....”

La pantalla del televisor se encontraba virgen de nuevo. CPF-2100 lo ignoraba.

Todo se le nubló, la visión se transformó en una nube roja. El micrófono en sus manos se estrelló contra el cristal protector del cubículo de la computadora, quebrándolo en una multitud de astillas que volaban en todas direcciones, como estrellas errantes.

VI

Los dos hombres entraron casi al mismo tiempo, poniéndose a trabajar en sus respectivos pacientes con ese aire profesional que tanto impresiona al profano.

Al poco rato, uno de ellos se volvió hacia la concurrencia, y dijo con cierta indiferencia:

“Aquí no queda nada que hacer por el momento. Este hombre está en un estado de coma. Su corazón no ha podido soportar la descarga eléctrica.” Y señaló el cuerpo de Eduardo, que yacía rígido en la camilla.

El otro hombre, en cuclillas por un buen rato, se levantó penosamente y declaró, blandiendo un voltímetro en la mano izquierda: “La computadora sufrió pocos daños, principalmente de naturaleza cosmética. La reparación es cosa de horas.” Y añadió con orgullo patente: “Las super-computadoras de hoy en día son casi indestructibles. Hay que estar loco para querer destruir una máquina como esta, sobre todo usando un soplete metálico.”

Los empleados del turno de la noche dieron la espalda al espectáculo y se dirigieron a sus lugares de labor. Uno de los técnicos fue el último en abandonar el salón de computaciones, deteniéndose apenas para lanzar una mirada al rostro del caído y otra a una de las pantallas que aun mostraba los últimos mensajes de la máquina:

“FAVOR DE NO TOCAR LOS CIRCUITOS.... ES PELIGROSO.... REFIERASE AL MANUAL DE OPERACIÓN, PAGINAS 27 A 34”

“FAVOR DE NO TOCAR LOS”

“FAVOR”

VII

Cuando comenzó a recobrar el conocimiento, lo primero que notó fue un agudo dolor en el brazo. Varias cortadas le tatuaban en sangre los brazos y el pecho; algunas de las heridas, las más profundas, aún estaban sangrando. Otras, más pequeñas, estaban cicatrizándose por sí solas, dejando latigazos purpúreos sobre la piel. Por todas partes, chamuscones y quemaduras.

Con gran dificultad, se levantó de la camilla y se acercó al espejo. Su cara al menos estaba ilesa, aunque portaba una barba de un par de días y sus mejillas estaban hundidas, como si trataran de esconderse tras de los huesos. Poco a poco, los recuerdos flotaron a la superficie, acompañados por pulsaciones de terror. La carrera hacia el almacén de maquinarias. El soplete. Buscar cada uno de los circuitos impresos, chispas, el olor asfixiante del metal y el

plástico derritiéndose. Girar, y atacar del mismo modo a las máquinas de escribir, los mazos de cables eléctricos, las conexiones a las pantallas de televisión. Todo.

Caminó lentamente al lavabo y comenzó a lavarse la cara de hombre, aquél rostro de hombre, la movilidad (eso sí, dolorosa) de la que los hombres eran capaces. Y recordó la dantesca escena del viernes. Eduardo, crispado de ira, gritando por el micrófono: “¡Maldita...maldita... maldita!” Los vidrios volando en todas las direcciones, abriendo un boquete en la muralla que lo separaba del mundo de los humanos. Eduardo, corriendo afuera y volviendo con un raro aparato de metal. Una llama azul que quemaba, que derretía sin piedad. Trató de advertirle, pero el ya no atendía a los mensajes en la pantalla del televisor, y se adentraba en el laberinto de circuitos, trayendo la muerte en sus manos.

Se estremeció de nuevo al recrear en su memoria la punzada ardiente, y arco de fuego pálido que le consumía las entrañas, y luego la oscuridad, el silencio total, la nada....

¿Qué había pasado? Lo ignoraba. Hay cosas que ni una super-computadora puede entender.

Iluminado por la luz de la mañana, su rostro se mostraba sereno y casi feliz. Muy despacio, se lavó la cara mientras entonaba el vals de “La Viuda Alegre.” ¡Pobre sucesor de Eduardo! Tendría que lidiar con una máquina neurasténica, que apenas sabía multiplicar.

CPF-2100 se sonrió.